

Aldeana de hilo

Añado tu nombre a aquella nebulosa

Mi vida sucede en los patios todavía.
Una suma de constelaciones me depositó allí.
La misma que empujó a los míos
a sus ritos y sus bodas.
Añado tu nombre a aquella nebulosa.
A aquellos callejones hondos.
A los corrales donde la noche fue una música.
Nada ha muerto.
Nada se ha ido en la sombra blanca de los días.
En mi lengua el mismo sabor a piedra a retama a musgo.
El que supo el secreto del aire.
El niño aquel que dialogó
con los astros de ayer y de mañana
prosigue, aún vivo, en los muros
como un ramo de asombro y de llovizna.
Olvido sería
si no fuera porque un día llegaste tú
a alumbrar con tus frescas manos matinales
aquel ancho territorio

Mi nombre sin saberlo

Y qué sé del musgo la piedra o la humareda.
Qué sé del gallo en la neblina

desatando ásperamente el día.
O las casas tendidas en remolino bajo el viento.

No me acuerdo ya del hilo de luz
que unió mi cuerpo al aguacero
donde yedras más frías más dulces que la escarcha
dijeron mi nombre sin saberlo

no me acuerdo madre de nada no me acuerdo de nada.

Aldeana de hilo

No fue sino en la llovizna,
en una algarabía de muchachas,
donde vi tus ojos: aldeana de hilo.
Y supe de tu manto oscuro
cruzando el umbral de una casa.
Allí duran vasijas de piedra en el suelo.
Allí tejes desnuda la luz.
Allí soy un sueño y te nombro.

Córdoba

Si hoy pisamos tú y yo
al fin las calles de Córdoba,
las calles humildes que dan al atardecer
donde alguien, parsimoniosamente, remueve las ascuas
de un brasero
y ahuyenta, así, los viejísimos astros.
Si a nuestro paso un viento inmemorial enlaza
lo remoto y este sol que en mi sangre arde.
Si en la linde de un aljibe somos
el rastro último del amor
y su callado imperio de rosas y músicas y sombra

es que regreso a los patios de mi nacimiento,
es que se hunde del todo en lo oscuro
la historia de mi corazón
es que voy a morir.

Autobiografía

«Murió mi eternidad..»

—César Vallejo—

En mi aldea, alguna vez,
mi hermana murió, la que bordaba,
la que cantó en las alcobas la canción del porvenir.
Murió en mí, mi amor,
la oscura muchacha, la que quise.
Solía trenzar, en las tardes, a mi lado el infinito.
En su edad, mis padres languidecen
al pie de un territorio de leyendas y sombras.

Murió mi eternidad y estoy velándola.

En secreto

Recuerdo que abrías en el alba
la puerta donde guardo un secreto
profundo y claro como el viento.
Allí se desenropa tu belleza.

Allí duran dormidos en la sábana
el fuego la penumbra el habla.
Allí una mujer y un hombre tientan
el formidable sabor del universo.

Qué frío invadirá ese lecho
cuando deposite el reloj en ese cuarto
ceniza piedra ramas yertas.

Yo seré quien nombre aquel suceso.
Lo que dura reclinado allí en el suelo.
Aquel amor que ya se ha muerto.

Si eras tendida en lo oscuro

Si eras tendida en lo oscuro esa hebra de sol
viejo que en el territorio extenso de las noches
une el raro porvenir y la infancia allí agazapada.

Si detenías tú las lluvias y era un vaho secreto
aquella cama en la que fuimos una sola sangre.

Si a ciegas una vez tenté tu corazón de bruma
y fui a tu lado el alba y la luna y la sombra mansa.
Si en tu arisca cabellera durmió mi corazón de hombre.

Quién esparce hoy aquí en mi cuarto el aroma de la muerte.

La arrasada rosa de tu infancia

Si puedes destrozarte un poco más el corazón,
húndete en la noche,
y pregunta qué eres tú a los ojos de aquella a quien amaste.
Húndete, aprisa, en esa lluvia.

Húndete en el fondo, enmarañado, de esa noche.

Interroga a esos dioses siniestros, diles
si en las tapias viejísimas de su aldea tu nombre dura
como un ramo difunto.

Si a ese aire, ese imperio de lunas y ceniza
volverá tu imagen empujada por un remolino de años.

Si un arca guarda, inolvidablemente, unos paños, un aroma de mirto.

Si en los sitios en que, una vez, junto a su pelo oscuro,
relampagueó la dicha como un agua,

en las calles en que diste tu amor y para siempre
la arrasada rosa de tu infancia

pronuncia su pena su desdén sus maldiciones

Rafael Téllez